

CLIMAS DE ALTURA

SALAMANCA DESDE LA TORRE DE LA CATEDRAL

Es grato, en estas tardes de estío en que el calor abruma y en que se añora la frescura de esas playas norteñas que sólo es posible visitar a los potentados, encontrar un refugio sgradeable que preserve a nuestra abrasada piel de los rayos solares y tonifique nuestros cuerpos en el remanso fresco de sus rincones oscuros y acogedores.

La torre de la Catedral nueva es el paraíso a que podemos aspirar los salmantinos que pasamos el verano en nuestra ciudad, abierta siempre para el visitante, que goza de soledad en sus patios y aspira a pleno pulmón el aire que penetra por los ventanales de sus diversos campanarios.

Al atardecer, Amalio Gombau, el simpático muchacho que ha heredado de su padre, don Venancio, el gusto artístico para la fotografía y el humor excelente que hace de él el compañero insustituible

cuyo riego da humedad al amable rincón, desde donde la Torre del Gallo, la infortunada Torre del Gallo, muestra a poca distancia las heridas sin cicatrizar de su eterna reparación.

Más arriba, el rellano donde se halla instalada la gigantesca maquinaria del reloj, y más dentro la habitación cuya pared exterior constituye la esfera.

A través de la «puertecilla» que se abre en ella, Amalio Gombau primero, y Mesonero después, asoman sus caras de bien distinta expresión, curioseando la calle y la ciudad que desde esta altura se domina ya, ofreciéndose en esta hora del atardecer con plena luminosidad y bello colorido.

Sigue la ascensión. Mesonero sonríe, amable, ante nuestra torpeza. Llevamos más de doscientos escalones subidos y aún no hemos llegado al patio de campanas.

llo de oro; el silencio y la soledad, convidan, como en ningún otro sitio, a la meditación y al reposo.

Alrededor, en las paredes, los visitantes dejan grabados en las piedras, nombres y más nombres.

Sobre los ventanales del campanario, cada campana lleva también el suyo. —Todas, me dice el campanero —han sido bautizadas solemnemente y tienen sus nombres. La primera, se llama San Miguel; la otra, San Francisco; la que sigue, San Diego; la de más allá, la de los Muertos...

El nombre de esta campana exótica por sí sólo su misión. Se toca únicamente cuando en la Catedral hay que doblar por la defunción de alguna dignidad.

La Santa Bárbara, la Santa María, los dos feriales, las chilejas o pasculejas...

Quiere abacar Salamanca con su máquina fotográfica y mostrar a los lectores de EL ADELANTO de lo que es capaz un buen objetivo manejado por una mano hábil.

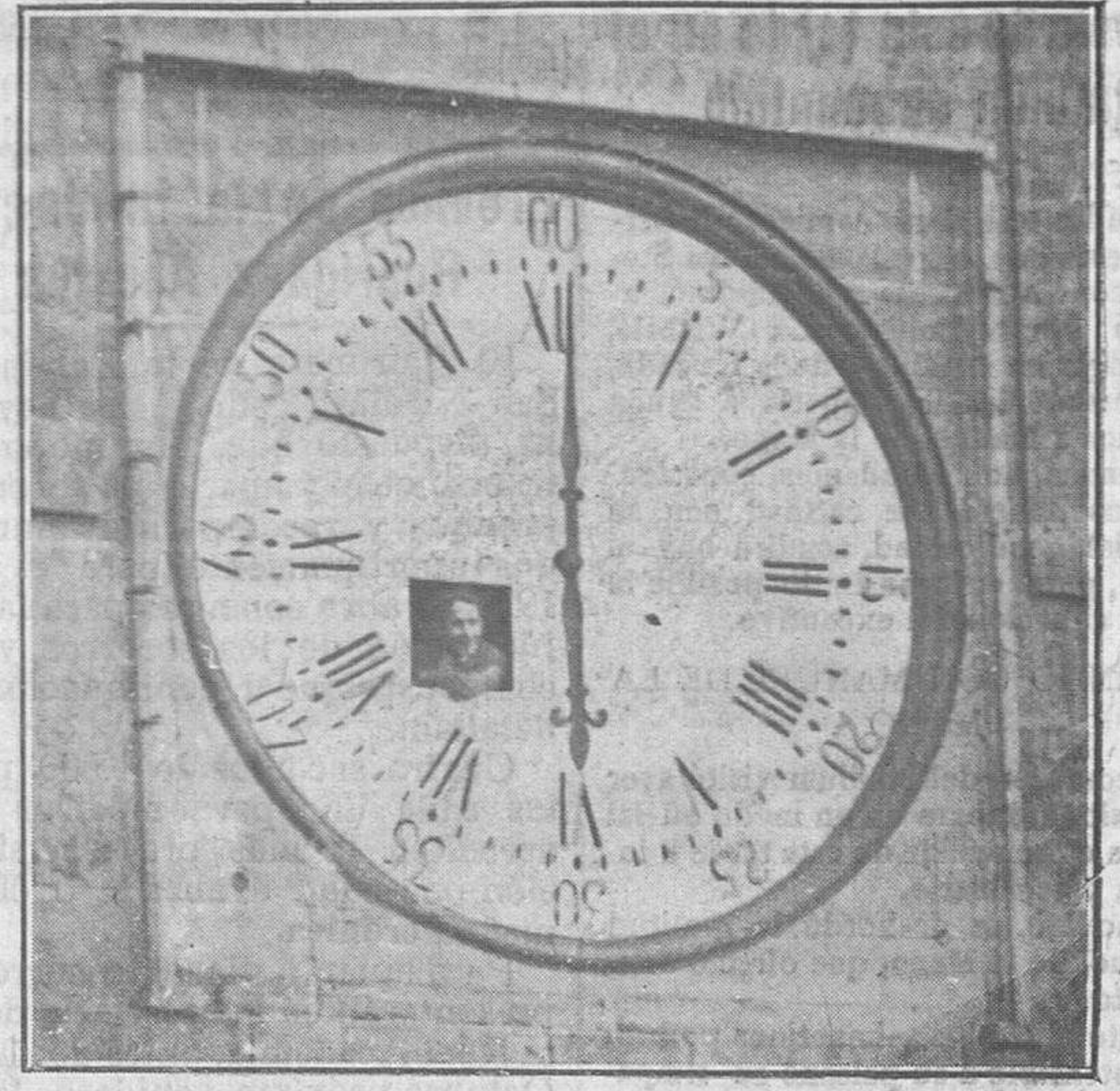
Hay que complacerle, y empezamos de nuevo a subir. Alcansamos la rotanda en una de cuyas paredes se abre el ventanal que da cabida al monstruo de acero.

«María de la O», la campana que desde pequeños constituyó nuestra obsesión y asombro; se pone al alcance de nuestras manos. Un golpecito en su caso inmenso de acero, produce vibraciones argentinas que duran, y se prolongan durante largo rato. El golpe dado con el badajo, hace retremblar la armadura de la balaustrada que rodeando la pared, permite dar la vuelta a la rotanda.

En el centro se abre el pozo que da al patio de campanas, que queda muy por bajo de nuestros pies.

Mientras Amalio se dispone a obtener la silueta de María de la O en un magnífico contraluz, el campanero y yo continuamos la charla.

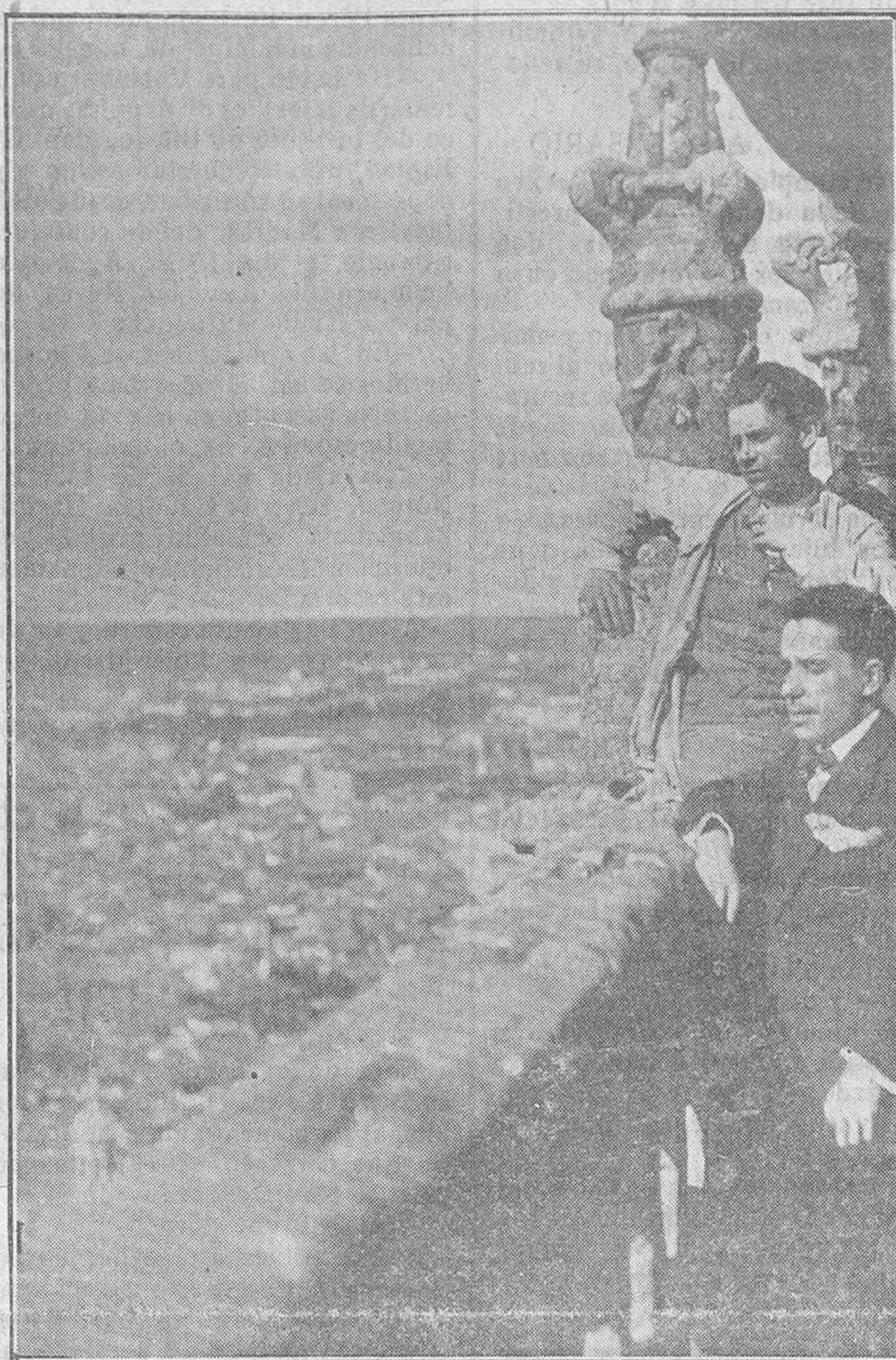
Me habla ahora del incendio que destruyó el piso donde nos encontramos, allá por el año 1899; del terremoto de



Por la esfera del reloj de la Catedral, Amalio Gombau asoma su cara risueña, a la que presta cierta intención picaresca los apuros que yo paso para obtener esa fotografía.



En un magnífico contra luz, Amalio Gombau obtiene esta silueta de María la O, el monstruo de bronce, cuya vibración hace retremblar el edificio inmenso que la soporta.



Amalio Gombau, aprovechándose de nuestra distracción, obtiene esta fotografía mientras charlo con el campanero de la Catedral, recostado sobre una de las bellas agujas que terminan las aristas de la torre.

ble en estas correrías, se reúne conmigo, y juntos nos disponemos a escalar la torre de la Catedral, para obtener con la satisfacción de un veraneo momentáneo y sgradeable, la información que ofrecemos a nuestros lectores.

Nemesio Mesonero, el artista de estos órganos magistrales con que la Catedral se hace entender de sus oyentes, el «amo» de este soberbio balneario, el campanero mayor de la Catedral, se brinda a servirnos de guía en esta excursión, actuando de cicerone y contándonos los secretos del grandioso monumento.

COMIENZA LA ASCENSION

La escalera, estrecha y oscura, sin más luz que la que penetra a través de troceras y ventanas abiertas en el muro, vuelve y revuelve constantemente, multiplicando los anillos de gigantesco reptil.

De vez en cuando un rellano. Primero, el piso superior, habitable, donde el campanero reúne a lo largo de un pasillo tinteos plenos de bellas flores,

Docientos setenta y Amalio Gombau arroja la máquina sobre las losas que sirven de piso al campanario.

Descansamos, mientras Mesonero, con su amable charla, nos cuenta breves historias de sus amigas las campanas, que acaricia de vez en cuando.

EN EL PATIO DE CAMPANAS

Aquí hacemos la vida nosotros en este tiempo—nos dice Mesonero—y nos acompañan todas las tardes estudiantes y profesores que leen, en tanto que yo voy haciendo sonar las campanas al paso que desfilan las horas.

Es agradable permanecer en este lugar. Abierto a todos los vientos; a unos setenta metros de altura y resguardado del sol, en sus rincones frescos, pasan las tardes del estío, con una temperatura primaveral que para sí quisieran todos nuestros puertos del Norte.

Además el ruido de las campanas, agusto y severo en este lugar; las lejanas perspectivas que van diluyéndose a medida que se atea la mirada en un horizonte luminoso, impregnado de polvi-

Todas estas campanas que pueblan el patio y que lanzan al aire sus notas graves de inmenso órgano, son las amigas del campanero. Hombre equilibrado, alguna vez, sin embargo, ha contado Nemesio a sus campanas dolores y alegrías que no caben en el corazón del amigo, que las campanas han comprendido y consolado con su tañer regocijado o triste.

En el centro del patio de campanas se eleva la caseta desde donde se toca el címbalo o «güijón», que llama al Címbalo a coro. Allí, en lo alto, veinte o treinta metros por encima de nosotros, la campana, cuyo badajo se mueve tirando de una cadena, deja oír su tañido ligero y persistente.

Cuando transcurre el cuarto de hora que dura el toque, el coro de la Catedral encierra ya, entregados a los rezos, a los cánticos que han acudido «aguijonados» por el címbalo.

EN LA ROTONDA DE MARIA LA O

Amalio, ya descansado, siente impaciencia por reanudar la ascensión,

Lisboa de 1755, que obligó a apuntalar la torre y a reforzar su base, haciendo perder esbeltez a este inmenso obelisco, en cuya punta casi no encontramos; del incendio de 1705, provocado por una chispa eléctrica; de las obras, reformas y más reformas que el colosal edificio ha experimentado.

Me cuenta también lo que ya, siendo niños, nos contaron muchas veces; que María la O, fué subida con maromas de seda, que cree se conservan todavía, únicas capaces de soportar las cuatrocientas arrobas que pesa, y añade algunos datos sobre la técnica del campanario y la oportunidad de los toques.

EN EL PASILLO DE LAS CUATRO VELETAS

Imposible contener a Gombau. Estas cosas no le interesan. El aire plenamente oxigenado que respira en estas alturas, redobla su actividad de fotógrafo. Quiere seguir subiendo. Necesita obtener la vista general de Salamanca, y sólo algunos minutos después, cuando alcanzamos las cuatro veletas, nos deja reanudar la conversación, mientras él dispone sus máquinas y se prepara para la gran empresa.

A nuestros pies, apoyados sobre la balaustrada de piedra que por el exterior rodea la torre, la ciudad, inmensa desde estas alturas, yergue las agujas de sus campanarios, muestra la policromada urdimbre de los techos, dibuja las tortuosidades de sus calles, en un horizonte limpio e infinito.

A nuestras espaldas, el Tormes parece lamer los cimientos de la Torre, y los arrabales están a punto de ser alcanzados con la mano. En la lejanía se dibuja la Carpetobética, mostrando sus siluetas perfectas la Peña de Francia y las sierras de Béjar y Candealro.

En un plano intermedio los Arapiles diseñan los lomos de sus vertientes. Un sol cegador, que aquí ya no quema, sirve admirablemente a los fines de Gombau.

En tanto que él obtiene la vista de Salamanca, Mesonero y yo continuamos nuestra conversación, apoyados sobre uno de los bellos remates que adornan la balaustrada.

De las cuatro agujas que se elevan en cada ángulo de la torre, una de ellas, la del Noroeste, se halla a punto de desaparecer. Las piedras que la forman, batidas por el agua y por el aire, desgastadas ya, dejan escapar los brazos de hierro que las mantienen unidas y yerpárcirse la argamasa que daba solidez a sus juntas.

Nos hallamos a poco más de 80 metros sobre la ciudad. Desde aquí, la agu-



Salamanca, aprisionada por la máquina fotográfica de Amalio Gombau, yergue las agujas de sus campanarios, muestra la policromada urdimbre de sus techos y dibuja las tortuosidades de sus calles en un horizonte limpio e infinito.

ja de la Catedral, la escalerilla exterior que a ella conduce y la convexidad de su bóveda, se muestran con plenitud de relieves. La ascensión por esa escalerilla exterior, formada por abrazaderas de hierro, se le antoja a Amalio sencilla en extremo. Sólo cuando, al dar la vuelta a la balaustrada, llegamos bajo el arranque y percibe la necesidad de ponerse de pie en aquella, sin ningún asidero, para alcanzar el primer tramo con la mano, empieza a darse cuenta de lo peligroso del ejercicio y nos pide descendamos nuevamente para obtener una fotografía de la esfera del reloj.

Desde el pasadizo que conduce, de la torre al remate cilíndrico del caracol que termina la fachada principal de la Catedral, logramos esa fotografía.

Gombau desea salir en ella, aromando su cara por la puertecilla de la esfera, y he de hacer yo de fotógrafo para darle gusto.

A duras penas logro mi objeto. A mi experiencia se une la falta de luz que es motivada por una de estas nubecillas de verano que interrumpe nuestra excursión.

Cuando descendemos, gruesas gotas,

empujadas por un aircillo húmedo, penetran por los tragaluces del caracol. Sin embargo, cuando después de despedirnos de nuestro amable guía, salimos a la calle, vuelve a lucir el sol, que nos acompaña por esta calle de la Rotanda, tan llena de recobecos vista a ras del suelo, y tan recta en la fotografía de Amalio Gombau.

Jam.

JARDIN DEL PASAJE

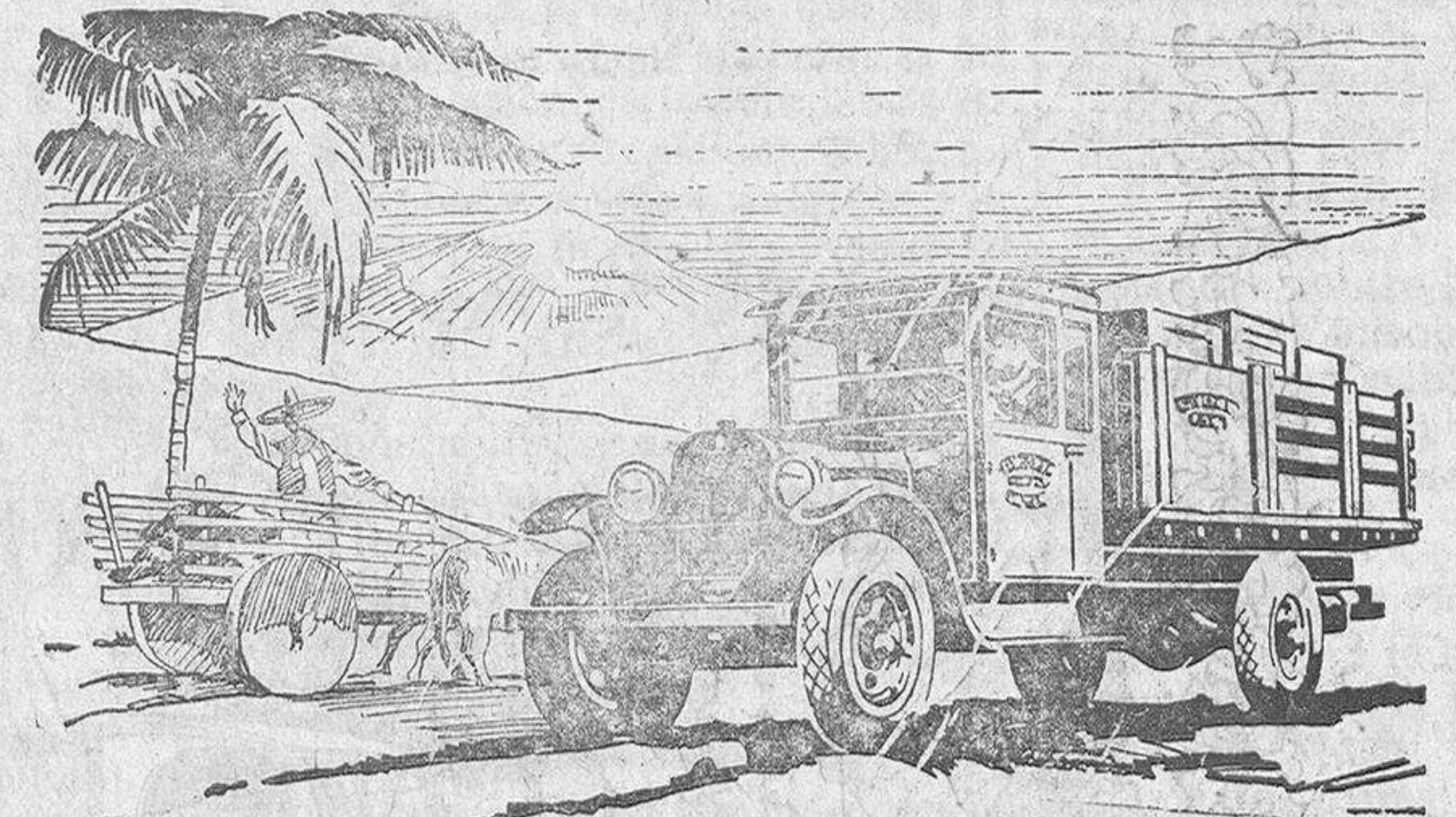
Gran concierto para hoy, por el notable septeto que dirige el maestro Goyenechea:

- 1.º Viva Graná, patodoble, J. Alonso.
- 2.º La serenata, leyenda valéica, G. Braga.
- 3.º La viuda alegre, fantasía, Lehar.
- 4.º La verbena de la Paloma, fantasía, T. Bretón.
- 5.º Risveglio di Primavera, romance, E. Bach.
- 6.º Amour et Neige, fox trot, J. Dorras Vila.

ADOBES

superiores, se venden en partida a 1,50 el ciento. También se vende piedra para puertas y ventanas, todo muy barato. Estafeta, 2, jardín, Joaquín Montero.

Terneros de raza superior, holandesa nacidos en este mes, se venden dos. Informará, Pensión Boni. 10-11 y 19 JI.



Potencia y Rendimiento

Para obtener de un camión el debido rendimiento es preciso que desarrolle la necesaria potencia.

Ello permite transportar las mayores cargas a un promedio de velocidad elevado sin afectar la duración del camión. Reduce a un mínimo la posibilidad de averías debidas al abuso en los arranques, cambios de marchas y subidas. Reduce el desgaste y las roturas en el motor y ejes de transmisión por ser menor el número de revoluciones requeridas.

La necesaria potencia, la resistencia y estabilidad del chassis, el empleo de materiales de la mejor calidad en la construcción de todas las piezas contribuyen al rendimiento satisfactorio de los Camiones Graham Brothers en todos los ramos del comercio.

Agencia: CASA LLEVOT
SAN PABLO, 26. — SALAMANCA

CAMIONES GRAHAM BROTHERS

SE VENDEN EN TODAS LAS AGENCIAS DE LOS AUTOMOVILES DODGE BROTHERS

